

abrazando conrito nuestra regla,
y murió á los dos meses.

D.^a LEONOR.

Bien: ¡oh padre!
pues que encontré donde esconderme
(pueda

á los ojos del mundo, conducidme,
sin tardanza llevadme...

P. GUARDIAN.

Al punto sea,
que ya la luz del alba se avecina.
Mas ántes entraremos en la iglesia;
recibireis mi absolucion, y luégo
el pan de vida y de salud eterna.
Vestireis el sayal de San Francisco,
y os daré avisos que importaros pue-
para la santa y penitente vida, (dan
á que con gloria tanta estais resuelta.

ESCENA VIII

P. GUARDIAN.

¡Hola!... Hermano Meliton.
¡Hola!... despierte le digo;

de la iglesia abra el postigo.

H. MELITON. (*Dentro.*) Pues qué, ¿ya las cinco son?...
(*Sale bostezando.*)

Apostaré á que no han dado. (*Bosteza.*)

P. GUARDIAN. La iglesia abra.

H. MELITON.

No es de día.

P. GUARDIAN. ¿Replica?... Por vida mia...

H. MELITON. ¿Yo?... en mi vida he replicado.

Bien podia el penitente
hasta las cinco esperar;
difícil será encontrar
un pecador tan urgente.

(*Vase y en seguida se oye descorrer el
cerrojo de la puerta de la iglesia, y
se la ve abrirse lentamente.*)

P. GUARDIAN. (*Conduciendo á Leonor hácia la igle-
sia.*)

Vamos al punto, vamos;
en la casa de Dios, hermana, entremos,
su nombre bendigamos,
en su misericordia confiemos.

JORNADA TERCERA

LA ESCENA ES EN ITALIA, EN VELETRI Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

*El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales calaveras.
En las paredes estarán colgados en desórden uniformes, capotes, sillas
de caballos, armas, etc.; en medio habrá una mesa con tapete verde,
dos candeleros de bronce con velas de sebo, los cuatro oficiales al rede-
dor, uno de ellos con la baraja en la mano, y habrá otras sillas des-
ocupadas.*

PEDRAZA. (*Entra muy de prisa.*) ¡Qué frío está
esto!

OFICIAL 1.^o Todos se han ido en cuanto me
han desplumado: no he conseguido tirar ni
una buena talla.

PEDRAZA. Pues precisamente va á venir un
gran punto, y si ve esto tan desierto y frío...

OFICIAL 1.^o ¿Y quién es el pájaro?

TODOS. ¿Quién?

PEDRAZA. El ayudante del general, ese teniente
coronel que ha llegado esta tarde con la ór-
den de que al amanecer estemos sobre las
armas. Es gran aficionado, tiene mucho rum-
bo, y á lo que parece es blanquito. Hemos
cenado juntos en casa de la coronela, á quien
ya le está echando requiebros, y el taimado
de nuestro capellan lo marcó por suyo. Le
convidió con que viniera á jugar, y ya lo trae
hácia aquí.

OFICIAL 1.^o Pues señores, ya es este otro can-
tar. Ya vamos á ser todos unos... ¿Me en-
tenden ustedes?

TODOS. Sí, sí, muy bien pensado.

OFICIAL 2.^o Como que es de plana mayor, y
será contrario de los pobres pilles.

OFICIAL 4.^o A él, y duro.

OFICIAL 1.^o Pues para jugar con él tengo ba-
raja preparada, más obediente que un reclu-
ta, y más florida que el mes de mayo. (*Saca
una baraja del bolsillo.*) Y aquí está.

OFICIAL 3.^o ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1.^o No hay que jugar ases ni figuras.
Y al avío, que ya suena gente en la escalera.
Tiro, tres á la derecha, nueve á la izquierda.

ESCENA II

D. CÁRLOS DE VARGAS. EL CAPELLAN

CAPELLAN. Aquí viene, compañeros,
un rumboso aficionado.

TODOS. Sea pues muy bien llegado.
(*Levantándose y volviéndose á sentar.*)

D. CÁRLOS. Buenas noches, caballeros.

¡Qué casa tan indecente! (*Aparte.*)

Estoy, vive Dios, corrido,
de verme comprometido
á alternar con esta gente.

OFICIAL 1.^o Sentaos.

(*Se sienta don Carlos, haciéndole todos
lugar.*)

CAPELLAN. Señor capitan, (*Al banquero.*)

¿y el concurso?

OFICIAL 1.^o Se afufó (*Barajando.*)

en cuanto me desbancó.

Toditos repletos van.

Se declaró un juego eterno
que no he podido quebrar,
y siempre salió á ganar
una sota del infierno.
Veintidos veces salió
y jamás á la derecha.

OFICIAL 2.^o El que nunca se aprovecha
de tales gangas soy yo.

OFICIAL 3.^o Y yo en el juego contrario
me empeñé, que nada ví,
y ya sólo estoy aquí
para rezar el rosario.

CAPELLAN. Vamos.

PEDRAZA. Vamos.

OFICIAL 1.^o Tiro.

D. CÁRLOS. Juego.

OFICIAL 1.^o Tiro, á la derecha el as,

y á la izquierda la sotita.

OFICIAL 2.^o Ya salió la muy maldita.

Por vida de Barrabás...

OFICIAL 1.^o Rey á la derecha, nueve

á la izquierda.

D. CÁRLOS. Yo lo gano;

OFICIAL 1.^o ¡Tengo apestada la mano! (*Paga.*)

Tres onzas, nada se debe.

A la derecha la sota.

OFICIAL 4.^o Ya quebró.

OFICIAL 3.^o Pegarle fuego.

OFICIAL 1.^o A la izquierda siete.

D. CÁRLOS. Juego.

OFICIAL 2.^o Sólo el verla me rebota.

D. CÁRLOS. Copo.
 CAPELLAN. ¿Con carta tapada?
 OFICIAL I.º Tiro, á la derecha el tres.
 PEDRAZA. ¡Qué bonita carta es!
 OFICIAL I.º Cuando sale descargada.
 A la izquierda el cinco.
 D. CÁRLOS. *(Levantándose y sujetando la mano del que talla.)*
 No,
 con tiento, señor banquero,
(Vuelve su carta.)
 que he ganado mi dinero,
 y trampas no sufro yo.
 OFICIAL I.º ¡Cómo trampas!... ¿Quién osar?...
 D. CÁRLOS. Yo: pegado tras del cinco
 está el caballo, buen brinco
 le hicisteis, amigo, dar.
 OFICIAL I.º Soy hombre pundonoroso,
 y esto una casualidad...
 D. CÁRLOS. Esta es una iniquidad,
 vos un taimado tramposo.
 PEDRAZA. Sois un loco, un atrevido.
 D. CÁRLOS. Vos un vil, y con la espada...
 TODOS. Esta es una casa honrada.
 CAPELLAN. Por Dios no hagamos ruido.
 D. CÁRLOS. *(Echando á rodar la mesa.)*
 Abreviemos de razones.
 TODOS. *(Tomando las espadas.)*
 Muera, muera el insolente.
 D. CÁRLOS. *(Sale defendiéndose.)*
 ¿Qué puede con un valiente
 una cueva de ladrones?
(Vanse acuchillando, y dos ó tres soldados retiran la mesa, las sillas y desembarazan la escena.)

ESCENA III

El teatro representa una selva en noche muy oscura. Aparece al fondo don Alvaro, solo, vestido de capitán de granaderos, se acerca lentamente, y dice con gran agitación.

D. ALVARO, solo

¡Qué carga tan insufrible
 es el ambiente vital,
 para el mezquino mortal
 que nace en signo terrible!
 ¡Qué eternidad tan horrible!
 la breve vida! ¡Este mundo
 qué calabozo profundo,
 para el hombre desdichado
 á quien mira el cielo airado
 con su ceño furibundo!
 Parece, sí, que á medida
 que es más dura y más amarga,
 más extiende, más alarga
 el destino nuestra vida.
 Si nos está concedida

sólo para padecer,
 y debe muy breve ser
 la del feliz, como en pena
 de que su objeto no llena,
 ¡terrible cosa es nacer!
 Al que tranquilo, gozoso
 vive entre aplausos y honores,
 y de inocentes amores
 apura el cáliz sabroso;
 cuando es más fuerte y brioso,
 la muerte sus dichas huella,
 sus venturas atropella;
 y yo que infelice soy,
 yo que buscándola voy
 no puedo encontrar con ella.

Mas ¿cómo la he de obtener,
 ¡desventurado de mí!
 pues cuando infeliz nací,
 nací para envejecer?
 Si aquel día de placer
 (que uno solo he disfrutado)
 fortuna hubiese fijado,
 ¡cuán pronto muerte precoz
 con su guadaña feroz
 mi cuello hubiera segado!

Para engalanar mi frente,
 allá en la abrasada zona,
 con la espléndida corona
 del imperio de occidente,
 amor y ambicion ardiente
 me engendraron de concierto;
 pero con tal desacierto,
 con tan contraria fortuna,
 que una cárcel fué mi cuna,
 y fué mi escuela el desierto.

Entre bárbaros crecí,
 y en la edad de la razon,
 á cumplir la obligacion
 que un hijo tiene, acudí:
 mi nombre ocultando fui
 (que es un crimen) á salvar
 la vida, y así pagar
 á los que á mí me la dieron,
 que un trono soñando vieron,
 y un cadalso al despertar.

Entonces risueño un día,
 uno solo, nada más,
 me dió el destino; quizás
 con intencion más impía.
 Así en la cárcel sombría
 mete una luz el sayon,
 con la tirana intencion
 de que un punto el preso vea
 el horror que lo rodea
 en su espantosa mansion.

¡Sevilla!!! ¡Guadalquivir!!!

¡Cuál atormentais mi mente!...
 ¡Noche en que ví de repente
 mis breves dichas huir!...
 ¡Oh qué carga es el vivir!...
 Cielos, saciad el furor...
 Socórreme, mi Leonor,
 gala del suelo andaluz,
 que ya eres ángel de luz,
 junto al trono del Señor.

Mírame desde tu altura
 sin nombre en extraña tierra,
 empeñado en una guerra,
 por ganar mi sepultura.
 ¿Qué me importa por ventura
 que triunfe Carlos ó nó?
 ¿Qué tengo de Italia en pro?
 ¿Qué tengo? ¡terrible suerte!
 Que en ella reina la muerte,
 y á la muerte busco yo.

¡Cuánto, oh Dios, cuánto se engaña
 el que elogia mi ardor ciego,
 viéndome siempre en el fuego
 de esta extranjera campaña!
 Llámanme la prez de España,
 y no saben que mi ardor
 sólo es falta de valor,
 pues busco ansioso el morir
 por no osar el resistir
 de los astros el furor.

Si el mundo colma de honores
 al que mata á su enemigo,
 el que lo lleva consigo
 ¿por qué no puede?...
(Oyese ruido de espadas.)

D. CÁRLOS. *(Dentro.)* ¡Traidores!!!
 VOCES. *(Dentro.)* Muera.
 D. CÁRLOS. *(Dentro.)* ¡Viles!
 D. ALVARO. *(Sorprendido.)* ¡Qué clamores!
 D. CÁRLOS. *(Dentro.)* ¡Socorro!!!
 D. ALVARO. *(Desenvainando la espada.)*

Dárselo quiero,
 que oigo crujir el acero;
 y si á los peligros voy
 porque desgraciado soy,
 tambien voy por caballero.

(Entrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven á salir don Alvaro y don Carlos.)

ESCENA IV

D. ALVARO y D. CARLOS, con las espadas desnudas

D. ALVARO. Huyeron... ¿Estais herido?
 D. CÁRLOS. Mil gracias os doy, señor;

sin vuestro heróico valor
 de cierto estaba perdido;
 y no fuera maravilla:
 eran siete contra mí,
 y cuando grité me ví
 en tierra ya una rodilla.
 D. ALVARO. ¿Y herido estais?
 D. CÁRLOS. *(Reconociéndose.)* Nada siento
(Envainan.)

D. ALVARO. ¿Quiénes eran?
 D. CÁRLOS. Asesinos.
 D. ALVARO. ¿Cómo osaron tan vecinos
 de un militar campamento?...
 D. CÁRLOS. Os lo diré francamente;
 fué contienda sobre el juego.
 Entré sin pensarlo ciego
 en un casuco indecente...
 D. ALVARO. Ya caigo, aquí á mano diestra...
 D. CÁRLOS. Sí.

D. ALVARO. Que extrañe perdonad,
 que un hombre de calidad,
 cual vuestro esfuerzo demuestra,
 entrara en tal gazapon,
 donde sólo va la hez,
 la canalla más soez,
 de la milicia borron.
 D. CÁRLOS. Sólo el ser recién llegado
 puede, señor, disculparme;
 vinieron á convidarme,
 y accedí desalumbrado.

D. ALVARO. ¿Con que ha poco estais aquí?
 D. CÁRLOS. Diez días ha que llegué
 á Italia; dos sólo que
 al cuartel general fui.
 Y esta tarde al campamento
 con comision especial
 llegué de mi general,
 para el reconocimiento
 de mañana. Y si no fuera
 por vuestra espada y favor,
 mi carrera sin honor
 ya estuviera terminada.
 Mi gratitud sepa, pues,
 á quién la vida he debido,
 porque el ser agradecido
 la obligacion mayor es
 para el hombre bien nacido.
 D. ALVARO. *(Con indiferencia.)* Al acaso.
 D. CÁRLOS. *(Con expresion)* Que me deis
 vuestro nombre á suplicaros
 me atrevo. Y para obligaros,
 primero el mio sabreis.
 Siento no decir verdad: *(Aparte.)*
 soy don Félix de Avendaña,
 que he venido á esta campaña
 sólo por curiosidad.

Soy teniente coronel,
y del general Briones
ayudante: relaciones
tengo de sangre con él.

D. ALVARO. ¡Qué franco es, y qué expresivo!

(Aparte.)

Me cautiva el corazón.

D. CARLOS. Me parece que es razón
que sepa yo por quién vivo,
pues la gratitud es ley.

D. ALVARO. Soy... don Fadrique de Herreros,
capitan de granaderos
del regimiento del Rey.

D. CARLOS. (Con grande admiración y entusiasmo.)

¡Sois... ¡grande dicha es la mía!
del ejército español
la gloria, el radiante sol
de la hispana valentía?

D. ALVARO. Señor...

D. CARLOS.

Desde que llegué
á Italia, sólo elogiaros
y prez de España llamaros
por donde quiera escuché.
Y de español tan valiente
anhelaba la amistad.

D. ALVARO. Con ella, señor, contad,
que me honrais muy altamente.
Y según os he encontrado
contra tantos combatiendo
bizarramente, comprendo
que seréis muy buen soldado.
Y la gran cortesanía
que en vuestro trato mostrais
dice á voces que gozais
de aventajada hidalguía.

(Empieza á amanecer.)

Venid, pues, á descansar
á mi tienda.

D. CARLOS.

Tanto honor
será muy corto, señor,
que el alba empieza á asomar.

(Se oye á lo lejos tocar generala á las
bandas de tambores.)

D. ALVARO. Y por todo el campamento,
de los tambores el són
convoca á la formación.
Me voy á mi regimiento.

D. CARLOS. Yo también, y á vuestro lado
asistiré en la pelea,
donde os admire y os vea
como á mi ejemplo y dechado.

D. ALVARO. Favorecedor y amigo,
si sois cual cortés valiente,
yo de vuestro arrojo ardiente
seré envidioso testigo.

(Vánse.)

ESCENA V

El teatro representa un visueño campo de Italia, al amanecer; se ve á lo lejos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropas cruzan la escena, y luego sale una compañía de infantería con el CAPITAN, EL TENIENTE y EL SUBTENIENTE: D. CARLOS sale á caballo con una ordenanza detrás, y coloca la compañía á un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.

D. CARLOS. Señor capitan, permaneceréis aquí
hasta nueva orden; pero si los enemigos arro-
llan las guerrillas, y se dirigen á esa altura
donde está la compañía de Cantabria, mar-
chad á socorrerla á todo trance.

CAPITAN. Está bien, cumpliré con mi obliga-
ción. (Vase don Carlos.)

ESCENA VI

CAPITAN. Granaderos, en su lugar, descanso.
Parece que lo entiende este ayudante. (Sa-
len los oficiales de las filas y se reúnen mi-
rando con un anteojo hácia donde suena ru-
mor de fusilería.)

TENIENTE. Se va galopando al fuego como un
energúmeno, y la acción se empeña más y
más.

SUBTENIENTE. Y me parece que ha de ser muy
caliente.

CAPITAN. (Mirando con el anteojo.) Bien com-
baten los granaderos del Rey.

TENIENTE. Como que llevan á la cabeza á la
prez de España, al valiente don Fadrique de
Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE. (Tomando el anteojo y mirando
con él.) Pues los alemanes cargan á la bayo-
neta y con brio; á Dios, que nos desalojan
de aquel puesto. (Se aumenta el tiroteo.)

CAPITAN. (Toma el anteojo.) A ver, á ver...
¡Ay! si no me engaño, el capitan de granade-
ros del Rey ha caído ó muerto ó herido; lo
veo claro, claro.

TENIENTE. Yo distingo que se arremolina la
compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS. A ellos, á ellos.

CAPITAN. Silencio. Firmes. (Vuelve á mirar
con el anteojo.) Las guerrillas también retro-
ceden.

SUBTENIENTE. Uno corre á caballo hácia allá.

CAPITAN. Sí, es el ayudante... Está reuniendo
la gente y carga... ¡con qué desnudo! nues-
tro es el día.

TENIENTE. Sí, veo huir á los alemanes.

SOLDADOS. A ellos.

CAPITAN. Firmes, granaderos. (Mira con el
anteojo.) El ayudante ha recobrado el pue-
sto, la compañía del Rey carga á la bayoneta
y lo arrolla todo.

TENIENTE. A ver, á ver. (Toma el anteojo y
mira.) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del

caballo, y retira en sus brazos al capitan don
Fadrique. No debe de estar más que herido;
se lo llevan hácia Veletri.

TODOS. Dios nos le conserve, que es la flor
del ejército.

CAPITAN. Pero por este lado no va tan bien.
—Teniente, vaya usted á reforzar con la
mitad de la compañía las guerrillas que están
en esa cañada; que yo voy á acercarme á la
compañía de Cantabria; vamos, vamos.

SOLDADOS. Viva España, viva España, viva
Nápoles. (Marchan.)

ESCENA VII

*El teatro representa el alojamiento de un oficial superior; al frente
estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON
ALVARO herido y desmayado en una camilla llevada por cuatro gra-
naderos, EL CIRUJANO á un lado y D. CARLOS á otro lleno de polvo
y como muy cansado; un soldado traerá la maleta de don Alvaro y
la pondrá sobre una mesa; colocarán la camilla en medio de la esce-
na, mientras los granaderos entran en la alcoba á hacer la cama.*

D. CARLOS. Con mucho, mucho cuidado,
dejadle aquí, y al momento
entrad á arreglar mi cama.
(Vánse á la alcoba dos de los soldados
y quedan otros dos.)

CIRUJANO. Y que haya mucho silencio.

D. ALVARO. (Volviendo en sí.)

¿Dónde estoy? ¿dónde?

D. CARLOS. (Con mucho cariño.) En Veletri,
á mi lado, amigo excelso.
Nuestra ha sido la victoria,
tranquilo estad.

D. ALVARO. ¡Dios eterno!

¡Con salvarme de la muerte,
qué gran daño me habeis hecho!

D. CARLOS. No digais tal, don Fadrique,
cuando tan vano me encuentro
de que salvaros la vida
me haya concedido el cielo.

D. ALVARO. ¡Ay don Félix de Avendaña,
qué grande mal me habeis hecho!
(Se desmaya.)

CIRUJANO. Otra vez se ha desmayado;
agua y vinagre.

D. CARLOS. (A uno de los soldados.) Al momento.
¿Está de mucho peligro? (Al cirujano.)

CIRUJANO. Este balazo del pecho,
en donde aun tiene la bala,
me da muchísimo miedo;
lo que es las otras heridas
no presentan tanto riesgo.

D. CARLOS. (Con gran vehemencia.)
Salvad su vida, salvadle;
apurad todos los medios
del arte, y os aseguro
tal galardón...

CIRUJANO. Lo agradezco:

para cumplir con mi oficio
no necesito de cebo,
que en salvar á este valiente
interés muy grande tengo.

(Entra el soldado con un vaso de agua
y vinagre. El cirujano le rocía el
rostro, y le aplica un pomito á las
narices.)

D. ALVARO. (Vuelve en sí.) ¡Ay!

D. CARLOS. Animo, noble amigo,

cobrad ánimo y aliento:
pronto, muy pronto curado
y restablecido y bueno
volveréis á ser la gloria,
el norte de los guerreros.
Y á vuestras altas hazañas
el rey dará todo el premio
que merece. Sí, muy pronto
lozano otra vez, cubierto
de palmas inmarchitables
y de laureles eternos,
con una rica encomienda
se adornará vuestro pecho
de Santiago ó Calatrava.

D. ALVARO. (Muy agitado.)

¿Qué escucho? ¿Qué? ¡Santo cielo!
¡Ah!... no, no de Calatrava:
jamás, jamás... ¡Dios eterno!

CIRUJANO. Ya otra vez se desmayó:
sin quietud y sin silencio
no habrá forma de curarlo.
Que no le habéis más os ruego.
(A don Carlos.—Vuelve á darle agua
y á aplicarle el pomito á las narices.)

D. CARLOS. (Suspenso aparte.)

El nombre de Calatrava
¿qué tendrá? ¿qué tendrá... tiemblo,
de terrible á sus oídos?...

CIRUJANO. No puede esperar más tiempo.

¿Aun no está lista la cama?

D. CARLOS. (Mirando á la alcoba.)

Ya lo está.

(Salen los dos soldados.)

CIRUJANO. (A los cuatro soldados.)

Llevadle luego.

D. ALVARO. ¡Ay de mí! (Volviendo en sí.)

CIRUJANO. Llevadle.

D. ALVARO. (Haciendo esfuerzos.) Esperen:
Poco, por lo que en mí siento,
me queda ya de este mundo,
y en el otro pensar debo.
Mas ántes de desprenderme
de la vida, de un gran peso
quiero descargarme. Amigo,
(A don Carlos.)

un favor tan sólo anhelo.

- CIRUJANO. Si hablais, señor, no es posible...
- D. ALVARO. No volver á hablar prometo. Pero sólo una palabra, y á él solo, que decir tengo.
- D. CÁRLOS. *(Al cirujano y soldados.)* Apartad, démosle gusto; dejadnos por un momento. *(Se retiran el cirujano y los asistentes á un lado.)*
- D. ALVARO. Don Félix, vos solo, solo, *(Dále la mano.)* cumplireis con lo que quiero de vos exigir. Juradme por la fe de caballero, que hareis cuanto aquí os encargue, con inviolable secreto.
- D. CÁRLOS. Yo os lo juro, amigo mio; acabad, pues. *(Hace un esfuerzo don Alvaro como para meter la mano en el bolsillo y no puede.)*
- ALVARO. ¡Ah!... no puedo. Meted en este bolsillo, que tengo aquí al lado izquierdo sobre el corazon, la mano. *(Lo hace don Carlos.)*
- D. CÁRLOS. ¿Hallais algo en él?
- D. ALVARO. Sí, encuentro una llavecita...
- D. ALVARO. Es esa. *(Saca don Carlos la llave.)* Con ella abrid, yo os lo ruego, á solas y sin testigos, una caja que en el centro hallareis de mi maleta. En ella con sobre y sello un legajo hay de papeles; custodiadlos con esmero, y al momento que yo espire los dareis, amigo, al fuego.
- D. CÁRLOS. ¿Sin abrirlos?
- D. ALVARO. *(Muy agitado.)* Sin abrirlos, que en ellos hay un misterio impenetrable... ¿Palabra me dais, don Félix, de hacerlo?
- D. CÁRLOS. Yo os la doy con toda el alma.
- D. ALVARO. Entonces tranquilo muero. Dadme el postrimer abrazo, y á Dios, á Dios.
- CIRUJANO. *(Enfadado.)* Al momento á la alcoba. Y vos, don Félix, si es que teneis tanto empeño en que su vida se salve, haced que guarde silencio; y excusad tambien que os vea, pues se conmueve en extremo.

(Llévanse los soldados la camilla: entra tambien el cirujano, y don Carlos queda pensativo y lloroso.)

ESCENA VIII

- D. CÁRLOS. ¿Ha de morir... ¡qué rigor! tan bizarro militar? Si no lo puedo salvar será eterno mi dolor. Puesto que él me salvó á mí, y desde el momento aquel que guardó mi vida él, guardar la suya ofrecí. *(Pausa.)* Nunca ví tanta destreza en las armas y jamás otra persona de más arrogancia y gentileza. Pero es hombre singular; y en el corto tiempo que le trato rasgos noté que son dignos de extrañar. *(Pausa.)* ¿Y de Calatrava el nombre por qué así le horrorizó cuando pronunciarlo oyó?... ¿Qué hallará en él que le asombre? ¿Sabrá que está deshonorado!... Será un hidalgo andaluz... ¡Cielos!... ¡Qué rayo de luz sobre mí habeis derramado en este momento!... Sí. ¿Podrá ser este el traidor, de mi sangre deshonor, el que á buscar vine aquí? *(Furioso y empuñando la espada.)* ¿Y aun respira?... No, ahora mismo á mis manos... *(Corre hácia la alcoba y se detiene.)*
- ¿Dónde estoy?... ¿Ciego á despeñarme voy de la infamia en el abismo? ¿A quien mi vida salvó, y que moribundo está, matar inerte podrá un caballero cual yo? *(Pausa.)* ¿No puede falsa salir mi sospecha?... Sí... ¿Quién sabe?... Pero ¡cielos! esta llave todo me lo va á decir. *(Se acerca á la maleta, la abre precipitado, y saca la caja poniéndola sobre la mesa.)* Salid, caja misteriosa, del destino urna fatal, á quien con sudor mortal toca mi mano medrosa: me impide abrirte el temblor

- que me causa el recelar, si en tu centro voy á hallar los pedazos de mi honor. *(Resuelto y abriendo.)* Mas no, que en tí mi esperanza, la luz, que me da el destino está para hallar camino que me lleve á la venganza: *(Abre y saca un legajo sellado.)* ya el legajo tengo aquí. ¿Qué tardo el sello en romper?... *(Se contiene.)* ¡Oh cielos! ¡Qué voy á hacer! ¿Y la palabra que dí? ¿Mas si la suerte me da tan inesperado medio de dar á mi honor remedio, el perderlo qué será? Si á Italia sólo he venido á buscar al matador de mi padre y de mi honor, con nombre y porte fingido, ¿qué importa que el pliego abra, si lo que vine á buscar á Italia, voy á encontrar?... Pero no, dí mi palabra. Nadie, nadie aquí lo ve... ¡Cielos! lo estoy viendo yo. Mas si él mi vida salvó, tambien la suya salvé. Y si es el infame indiano, el seductor asesino, ¿no es bueno cualquier camino por donde venga á mi mano? Rompo esta cubierta, sí, pues nadie lo ha de saber... Mas, cielos, ¿qué voy á hacer? ¿y la palabra que dí? *(Suelta el legajo.)* No, jamás. ¡Cuán fácilmente nos pinta nuestra pasion una infame y vil accion como accion indiferente! A Italia vine anhelando mi honor manchado lavar; ¿y mi empresa ha de empezar el honor amancillando? Queda, oh secreto, escondido, si en este legajo estás; que un medio infame, jamás lo usa el hombre bien nacido. *(Registrando la maleta.)* Si encontrar aquí pudiera algun otro abierto indicio,

- que sin hacer perjuicio á mi opinion, me advirtiera... *(Sorprendido.)* ¡Cielos!... lo hay... esta cajilla, *(Saca una cajita como de retrato.)* que algun retrato contiene; *(Reconociéndola)* ni sello ni sobre tiene, tiene sólo una aldabilla. Hasta sin ser indiscreto reconocerla me es dado: nada de ella me han hablado, ni rompo ningun secreto. Ábrola, pues, en buen hora, aunque un basilisco vea: aunque para el mundo sea caja fatal de Pandora *(La abre, y exclama muy agitado.)* ¡Cielos!... no... no me engañé, esta es mi hermana Leonor... ¿para qué prueba mayor?... Con la más clara encontré. Ya está todo averiguado; don Alvaro es el herido. Brújula el retrato ha sido que mi norte me ha marcado. ¿Y á la infame... me atribulo, con él en Italia tiene?... Descubrirlo me conviene con astucia y disimulo. ¡Cuán feliz será mi suerte si la venganza y castigo sólo de un golpe consigo, á los dos dando la muerte!... Mas... ¡ah!... no me precipite mi honra, cielos, ofendida. Guardad á este hombre la vida para que yo se la quite. *(Vuelve á colocar el retrato en la maleta. Se oye ruido, y queda suspenso.)*

ESCENA IX

EL CIRUJANO, que sale muy contento

- CIRUJANO. Albricias pediros quiero; ya le he sacado la bala, *(Se la enseña.)* y no es la herida tan mala cual me pareció primero.
- D. CÁRLOS. *(Le abraza fuera de sí.)* ¿De veras?... Feliz me haceis: por ver bueno al capitan, tengo, amigo, más afan del que imaginar podeis.